

En la plenitud de su vida se hallaba el doctor Goyena cuando las ráfagas revolucionarias llegaron á las colonias españolas, que muy pronto iban á aparcer, entre celajes de oro, formando soberbia pléyada de independientes repúblicas. El aura de la libertad convertíase al tocar las crestas de los Andes, en rudo torbellino, que conmovió también, aunque sin bélico fragor, á los vecinos pacíficos de la capital del reino de Guatemala, que con júbilo patriótico declararon nuestra autonomía nacional el 15 de septiembre de 1821. El célebre poeta, ya pobre y enfermo, alcanzó á ver la esplendorosa aurora de aquel día memorable; fué contemporáneo de los revueltos sucesos que, por los misteriosos senderos de la historia, condujeron á los monarcas españoles á perder para siempre el cetro americano.

Entre las densas sombras que ofrece aquel triste cuadro de la Madre Patria, marchitos sus laureles, y casi sin perfume la guirnalda de sus gayas flores, se destaca del envejecido lienzo la interesante figura del filósofo y poeta que representa en nuestros fastos literarios la transición de

biendo sus anales. El tiempo aunque decrepito, todavía robusto y placentero, tendido sobre el suelo, y apoyado en una columna, sostenía en las espaldas el gran libro de la historia. En su contorno estaban varias obras de autores regnícolas, ó escritas ó impresas en Guatemala, respetadas de su fatal segur que las guardaba, y en la posición que las tenía, indicaban estar exentas de sus filos destructores. Tales eran las crónicas de Vázquez y Remesal, la historia de Bernal Díaz, los libros de Padilla, Oviedo y Landívar. Cercano al pórtico se retrató al Sr. D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, regidor y cronista de esta capital, que con el uniforme de su cuerpo, ofrecía á la ninfa su «Historia de Guatemala»; y así como el tiempo recogía y conservaba nuestros libros publicados, ella sepultaba los inéditos. Allí se veía la historia natural de D. Blas de Pineda y Polanco, las obras polémicas del dean D. Felipe Rufz de Corral, las historias de Gonzalo Alvarado, y Francisco Tomás del Valle, la astronomía de Calderón de la Barca, los preciosos apuntamientos de D. Juan Torres y D. Juan Macario, de la sangre real de Guatemala, é hijos de su rey Chignavincellú, los del cacique D. Francisco Gómez y otros muchos.»—¡Lástima que no se hubieran impreso tales obras, de las cuales ya no quedan más que los nombres!

la colonia á la república, y que habría podido exclamar, como Núñez de Arce lo hizo en posteriores años:

“He visto tronos volcados,
Instituciones caídas,
Y tras recias sacudidas
Pueblos y reyes cansados.
Propios y ajenos cuidados
Muévenme continua guerra,
Y mi espíritu se aterra
Cuando, perdida la calma,
Siento rugir en el alma
La tempestad de la tierra.”

No es sin embargo el caso de divagarnos en filosóficas consideraciones. Cumple á nuestro propósito hacer ver aquí que, en medio de las borrascas políticas figuró el doctor Goyena, y que esta circunstancia fué más bien favorable para inspirar su alma con variadas impresiones y sucesivos contrastes. Diríase que así se despertó en su espíritu observador y analítico la sed de ciencia, que era el fecundo origen de sus elucubraciones tan profundas en el fondo como sencillas en la forma. Veráse más adelante cómo, sin acudir á ejemplos de lejanos tiempos, pudo nuestro fabulista explotar algunos de los graves sucesos de su época, cual rico venero de provechosas lecciones morales y políticas, que revistieron la forma del apólogo, disfraz que mejor convenía al carácter de aquella sociedad.

Hubo de arrostrar el poeta, con la fe que inspira al genio, todos los obstáculos que entonces se oponían al que tuviera vocación para las letras. Ni era fácil tarea la de instruirse; ni se prodigaban los medios de penetrar en el santuario de las ciencias; ni se recogía por el crítico otro agasajo que el desprecio que acarrea la emulación, y el odio que provoca en el magnate y en el malvado revelar al mundo la existencia de sus crímenes, vicios ó defectos; porque rara vez alcanza el aplauso de los contemporáneos quien

fué superior á ellos. Triste es confesarlo, sólo la losa del sepulcro pone coto á ciertas pasiones rastreras, cuando no traspasa el linde de la tumba el áspid venenoso de la ruindad y de la envidia, cuya miserable cabeza aplasta al fin el tiempo con su planta, al caminar independiente y sereno por el campo de la historia.

Pasma, á la verdad, que Goyena lograra alcanzar en aquellos tiempos la profunda y variada instrucción que sus escritos revelan. ¿Cómo pudo reunir el caudal de conocimientos que indudablemente poseía? Dado es afirmar, á nuestro entender, que fuera de los ramos de su profesión, hizo el poeta, por sí solo, extensos estudios como humanista y literato; toda vez que no basta el talento, ni la imaginación, para escribir poemas tan perfectos como los que nos ha dejado, y en los cuales revela conocimientos históricos, filosóficos, políticos, zoológicos y de bellas letras. Tuvo maestros, como Moliére, el gran pintor de la humanidad; Iriarte, con sus fábulas literarias; Samaniego, con sus apólogos, dedicados á espíritus juveniles; Florián, con sus primorosos pensamientos; y el poeta del pueblo, La Fontaine. Tenía nuestro literato algún libro de retórica, como el de Colonia, que comienza por cierto preguntando *quid est fabula?*; y se deja ver además, por las notas de las poesías del mismo doctor Goyena, que leyó mucho á Rollin, Bossuet, Poppe, Buffon y Linneo. Debe de haber contribuido también á que adquiriera nuestro Fedro americano conocimientos extensos en las ciencias naturales, el establecimiento del museo que fundó en esta capital, el 9 de diciembre de 1796 don Joseph Longinos Martínez, con el patriótico auxilio de personas notables, que como el padre de don Rafael García Goyena, hicieron donativos pecuniarios para la creación de un gabinete de zoología, mineralogía y antigüedades, y de un jardín botánico (22) que gozó de merecida fama. Pero,

(22) Véase la "Noticia del establecimiento del Museo en esta capital de la Nueva Guatemala, y ejercicios públicos que han tenido en la Sala de es-

más que maestros y que libros, tenía Goyena ante sus ojos una naturaleza tan rica como la de estas comarcas; y llevaba él en su mente el destello divino del genio y en su corazón las delicadas fibras del sentimiento. Tenía penetración finísima, fuerza de análisis, imaginación creadora, y una gracia inimitable;

"La grâce, plus belle encore que la beauté."

Si se considera, pues, que—á pesar del leve aliento que, en algunos ramos, se permitía al saber—la tendencia de la época que alcanzó el autor de las "Fábulas y Poesías varias," y la educación que entonces se impartiera, de consuno conspiraban á formar entes rutinarios, dados á soportar inspiraciones tradicionales y dogmáticos preceptos; no podría negarse que aquel escritor se adelantó en mucho á su tiempo y conservó siempre indemne la independencia de su carácter. Con razón se ha dicho que "el genio es una planta espontánea, y que si la mano de Dios deja caer su semilla entre los matorrales del desierto, allí se desarrolla y prospera por sí misma, sin necesidad de esmero ni de cultivo; mientras que si el hombre se empeña en producirla á fuerza de preparaciones y de desvelos, trabajará en vano, porque el hombre no puede producir una chispa de la divinidad." Muchos años han pasado sobre las cenizas de nuestro literato, que se guardan en desconocido mausoleo; pero los frutos de su numen, vivirán siempre y cada vez se apreciarán mejor. No sólo existen diversas ediciones de las fábulas, sino que algunas de ellas figuran como joyas preciosas en el "Parnaso Ecuatoriano," en la "América Literaria," de Buenos Aires, en la "Galería Poética Centro-America-

tudio de dicho Museo los bachilleres don Pascasio Ortíz de Letona y don Mariano Antonio de Larrabe.—Impreso en la oficina de la viuda de don Sebastián de Arévalo. Año 1797.

na," en los "Libros de Lectura," de Mantilla, y en otras colecciones de poetas del Continente.

Cada vez que se leen esos apólogos, tan originales como instructivos, agradan más, por su estilo sencillo y por lo profundo de las enseñanzas que contienen. Pero se necesitan dotes, de que, por desgracia carecemos, para aquilatar en crítico análisis todo su valor; porque así como es fácil llenarse de admiración ante uno de los cuadros de Rafael ó de Miguel Angel, que extasían hasta á los más profanos; es muy difícil juzgar, desde el punto de vista estético, la corrección de las líneas, la maravillosa armonía de las formas, lo delicado de las sombras y lo admirable de la unidad artística del conjunto.

¡Ojalá que al estudiar las primorosas composiciones de Goyena, no nos suceda lo que suele acontecer al que se acerca al objeto de sus amores, que después de tener en la mente tanto que decirle, puede apenas con pálidas frases expresar la pasión que le inspira! En todo caso, repetiremos las palabras con que comienza el discurso que nuestro laborioso compatriota don Alejandro Marure escribió acerca de las fábulas que vamos á analizar: "El sabio no necesita de elogios, sus obras son su mejor panegírico."

IV.

Cuando la mitología pagana nos refiere que el oráculo de Delfos aconsejó á Esopo que difundiese verdades importantes, por medio de sencillos ejemplos, nos revela en cuánto aprecio tendrían aquellos apólogos, los que, en su fogosa imaginación forjaban dioses, y poblaban de seres ideales las esferas del arte; pero dedúcese del consejo mismo del augur, cuán difícil será, por medio de un sencillo poema, en que bajo la piel ó la pluma de los animales, se retrata á los hombres, enseñar máximas que, á lo profundo y moral, reúnan el atractivo de la sinceridad y de la gracia.

Para que esas pinturas logren el fin que deben proponerse, no basta bosquejar en fáciles versos, de correcta expresión y cortes académicos, una verdad útil. Se hace preciso disfrazarla con el ropaje de la alegoría, dándole risueño colorido, por medio de apropiadas imágenes, y haciendo que á la variedad del relato, y á la rapidez y riqueza de la pintura, se una la discreción del autor, á fin de ocultar el artificio del poema. Para reunir todas estas condiciones en la práctica, se requiere genio poético especial, que es dón del cielo. En esa misma simplicidad que aparentan los animados diálogos de las bestias; en esa naturalidad de caracteres; en esa fidelidad de pinturas, hay un arte tan difícil que no es dado sino á muy pocos encontrar colores en su paleta para cuadros tan finos. "Mucha sal ática, un estilo elegante, la más profunda filosofía, raro buen sentido, y saeta de dorada punta, se necesitan para seguir las huellas de Pilpay ó de Fedro: necesitase la ingenuidad de La Fontaine, la simplicidad de Ratisbonne, la agradable enseñanza de Hertenbusch." En efecto, las fábulas son como esos espejos portátiles que, por pequeños, deben ser de riquísimo cristal, para que tengan valía; son como esas miniaturas de mérito irreprochable, que se examinan de cerca y hasta con lente, una vez que de otro modo ninguno las aprecia; son copias animadas de escenas que nos parece ver, al través del velo de la ficción, como sucede tomando al acaso cualquiera de las de Goyena. Por ejemplo:

El Jinete y el Potro.

Trátase de domar un fuerte potro,
Se ofrece un guapo y dice con viveza:
"Yo lo voy á montar, no ha de ser otro."

Mientras aquél se ensilla y adereza,
Se prepara también el guapetón
Para la grande, peligrosa empresa.